

serpentina



1
a otra cosa

celia gourinski
simón kargieman
hugo loyácono
colaboran *raúl quevedo*
luis e. massa
tilo werner

primavera 1957

Serpentina
a otra cosa
sale cada tres meses.

Dirige:

TILO WENNER

Comité de Redacción

LUIS E. MASSA

SIMON KARGIEMAN

RAUL QUEVEDO

Dirección:

ALVAREZ TOMAS 571

T. E. 55 - 9656

Capital Federal

Cañilla Correo 1023

MODAS
VOTRE TAILLEUR
Lope de Vega 2938

DISCOS — ALTA FIDELIDAD

hot 53

Galería "Bueno Aires" — Córdoba 533
Stand 53

NUEVAMENTE LA AVENTURA

Sangre en el espíritu, espíritu en la sangre.

¡Ahóquense los pigmeos de la sangre y del espíritu!

¡Vivimos! ¿Que es lo que vivimos? Vivimos en su este ser lo somos todos de algún modo y concretamente cada uno en particular. La poesía es la gran detectadora de ese ser manifestándose en el ser hombre, espíritu, libertad, mito; lo hace con el único instrumento familiar para todos: la palabra.

Si la poesía no quiere caer en el hermetismo (que es la otra cara del academicismo) o la crasa retórica, es necesario que coincida con las vivencias más sutiles y las más concretas: coincida con la vida. Eso no es todo. El problema del hombre no es de adaptación sino de trascendencia. Si la palabra recoge la vida y la proyecta libremente, estamos en la poesía, que es el deseo más profundo.

La ubicación conciente del hombre en el mundo, está en su capacidad de formularse ininterrumpidamente, es necesario problema dar una solución para replantearse inmediatamente. Formularse, expresarse con conciencia dada vez más lúcida, eh aquí lo único que justifica la existencia del hombre.

Sin una audacia suicida en la búsqueda de una transmutación esencial de sí mismo como vivencia, de la de los otros y otros dado, resulta difícil hablar de creación poética.

Si logramos destruir esa serie de realidades como tales, como hechos dados en el acto de la creación, habremos logrado el poema. La poesía no es transcripción, ni descripción, ni invención.

Borremos las inscripciones en las lápidas célebres de nuestros retóricos. Empecemos, no de cero ni de uno, empecemos de nuevo con todas las consecuencias que implica cuando se dice "Este pasto crece, es salvaje, hagámoslo crecer hasta el cielo".

Para que eso suceda, despojémosnos del miedo y enfrentémoslo resueltamente el monstruo.

Hablemos cada uno con la voz que tiene. Lo falso resaltará por sí mismo por su propia vacuidad. Para nosotros, palabras como: Hombre, libertad, amor, vida, tiempo, muerte tienen una vigencia absoluta y sangrante.

Si queremos que la palabra alcance toda su capacidad de furor y de amor empecemos por no separarla de su portador viviente.

Es el poeta quien realiza la sensibilización del mundo con las palabras. Pero llega un momento en que las palabras no escuchan al poeta: es el poema terminado. Se ha producido la simbiosis mutua entre las palabras y el mundo.

¡Afloremos la arteria del silencio! Enganchémosnos a los movimientos más hondos del ser humano y del ser, del mundo. Para esta aventura es ineludible arrancarse de la estática conciencia cómplice del "orden reinante". Esta pobre cosa (el orden reinante) muestra su íntima miseria cuando se la despoja de su contorno compartido apócrifamente. Ese es el gran tema de los buscadores de un blanco asentimiento. Nuestra única posición esta precisamente más allá de todo ley "Con—sagrada". En el no reconocimiento de límites lícitos o ilícitos.

La libertad es la gran devoradora de límites. Tiene una sola voluntad: descubrimiento de nuevas fronteras y el avance y rebasamiento, de las mismas. ¡Rómpanse las crismas los flojos! Todo lo que se oponga a nuestra voluntad de asombro por nuevos mundos inéditos será falso, cosa muerta, prostitud.

La verdadera poesía se la reconoce inmediatamente: Resplandece inocente y misteriosa como un sexo bajo el sol de un mediodía de verano. La poesía es la inundación furiosa del universo fatalista, que se hace de ese modo el más puro y libre acto de amor.

Si el poeta logra una ubicación activa frente a la pasividad del orden reinante, su obra será un verdadero mensaje optimista. Para que esto suceda en profundidad, el poeta ha de estar presente en su obra como el hombre lúcido lo está en su relación con el mundo: como una afirmación absoluta de vida dichosa.

Tilo Wenner.



CELIA GOURINSKI

(Buenos Aires 1938)

ESTRIDENCIA

No.

Yo no contruyo la existencia
salteando para siempre
mi lento hábito de
matar mientras camino.

Simplemente me asalto,
me interrogo,
me aviso:
no tengas cuidado de
vivirte en las raíces.

Es de noche
y se me ocurre todavía
estrangular esta alegría
que me llama
y me asombra.

Pierdo mi tregua
de comer de bruces;
pierdo el viejo fulgor
de mediodía;

Soy mi propio riesgo
de despertar de nuevo
gritando mi nombre

RECUERDO

Quizás fué tu cara
y yo no la veo

Hoy quiero embadurnar
tu sexo
con mi hambre.

Quizás fué grito
tu asfixia
y yo seguí tosiendo
eternidades
porque no podía.

Hoy quiero saltear
la calle
y conocerte.



SIMON KARGIEMAN

(Buenos Aires 1926)
Inédito "Tiempo de lágrimas
cerrada"

POEMA

paredes
pájaros con cielos negros
en el rumor vertical del infinito
pero cándores cantan ventanas
con trenes de tiempo despoblado
ruido de ojos blancos
luego
un espacio derrumbando vientos
luego
un verde sin alas detenido
luego
un jardín de fuego estrecho
luego
un jardín abierto
paredes

NINO DEL ASOMBRO

niño
que has oscurecido en el último acorde
de la sombra
y me llueves desde siempre tu sonrisa
con vena de capullo
y de ronda
niño
de adentro en ese gesto de luna vagabunda
y de palabra rota
que me quieres decir la lámpara cercada
y el puño de la rosa
niño
que te me vas a la espina del desierto
y de la aurora
para mirarme la muerte de mis manos
de roca
y tu destino
niño
de la sangre crecida
niño
con la frente de paloma
niño
que siento latir en las ojerazas
de mi pánico de alondra

yo hablo en esta noche de la estrella
que murió en tu boca
y me parece que ha nacido en mi memoria
el tallo asombrado
de tu órbita



HUGO LOYACONO

(General Villegas 1921)
Autor de "Cuentos podri-
dos"

LA ABEJA Y EL PENSADOR

La abeja estaba ahí, demorada en el yeso de la estatua. Viva con aguijón diestro que producía un fino horror: así se clavara en mis ojos? Rodin había vivido había exprimido su cerebro para detener el clamor del músculo. O fue un instante supremo.

Pero el pensador no es un pensador; es el alma torturada en la puerta del infierno.

—No, no; es lo mismo —se dijo el odolecente que había venido de muy lejos para verlo.

La abeja caminaba entre los músculos; su movimiento era el mismo de la mano de Rodin.

El artista adolescente se acercó. Sufrió el dolor delicado de la desilusión había venido desde lejos para verlo y se encontraba con esto. Un pobre hombre sufriendo; un pobre hombre pensando.

Fué boxeador, pensaba en la próxima pelea y en las alucinantes rayas violetas de la bata de su contricante mientras el barbucho, el genial sufría; se torturaba, rugía. Y los pedacitos de su corazón salpicaban la escoria de la carne de la estatua.

Eso, como está ahí, no existe. La abeja es la única vivida, la única mórbida y fulgurante criatura. Es necesario que renazca el hocedor a cada instante, que cada momento devuelto de la tumba para satisfacer nuestra insolencia. El desdenará el desdén de la abeja escultora y la fragilidad de nuestra incompresión.

¡Oh, si nuestra incompresión fuera sólida, maciza, pura, todo un cuerpo vigoroso y trágico! O si al menos fuera como los pétalos de las arauideas, que no se comprenden entre sí y se retuercen en distintas espirales.

Pero no: con la boca y los ojos abiertos, con los oídos alerta queremos picar aquí y allí y tratamos de unir urgentemente, atar cabos, manotear en lo incierto, en lo posible, para poder comprender . . . Y nuestros balbecos, nuestros primeros pasos son vergonzosos, tristes raros.

La abeja recorría las piernas de la estatua, subía por los ijares, escrutaba la axila, se enredaba entre los dedos y finalmente quiso ser alma: se parapetó en los labios y, aleteando, producía murmullos delicados e inarmónicos. Entonces el otro lo mató. Cayó a los pies del yeso la pobre exagerada, que quiso dar un alma peluda y dorada al hombre que ya tenía un alma potente, soberbia y orgullosa. Y el artista adolescente, que había venido desde lejos y era cruel, sonrió.



RAUL QUEVEDO

inédito "Aro Elemental"
(Buenos Aires 1935)

VISION PERENNE

Hemos llegado
cierra los párpados
es el fuego nuestro
certero volcán
mira
se ha blindado el cielo
el último árbol
se quema
inmóvil
se ha cerrado el pecado
ha vuelto
la virginidad
el remolino quebradizo
de las visiones
saltaremos
hoy entre las espinas
ataremos los ríos
y los pájaros
a nuestra cintura
nos quedaremos
a saltar

BRINDIS ORIGINAL

Nadie
vió
surgir
el niño
despiadado
abrió
la noche
escupió
dentro
de ella
el signo
original
el alba
con rojo
ojo
de gallo
le aplaudió
las pupilas
y despertó
erguido
feroz
hurgando
por la sangre
Su
amplia
forma
su calcáreo
esqueleto
de inocencia



LUIS E. MASSA

(Río Cuarto 1933) publicó "Estado de sitio"

EL RELOJ DE ARENA

Baja las gradas
con su aleta dorsal imposible.
Con su estrategia marítima,
su locura inaceptable,
su horizonte sordo.
Sin fecha el robo es consumado
Y la ganancia
tiembla de sentencias rutilantes.

LA TREGUA

La bella codicia
rompe el torneo embebido en sangre
Arregla las cuentas claramente
con su enhiesto poder
con su soplo cambiante
inventa su propia magia,
el encuentro fácil y firme.

LA SONRISA MEDIEVAL

El bandido —
come su racimo
manejando una maniobra dócil
Al descubrir los halagos pequeños
ejerce su egoísmo.
Ha apresado
la prueba inmovible
y en la espesura
la leyenda de un cuerpo jadeante.



TILO WENNER

(Galarza, Entre Ríos 1931) Ha publicado dos libros de poemas "La Pasión rota" y "Cantos a mi amiga loca".

AUTOMOVIL SIN PASAJERO

La noche con perfumes cae sobre los arroyos.

—¿A dónde vas?

Nunca había oído esa voz que salía ardiente de sus entrañas. Se detuvo, miró atrás. La carretera parecía una franja de plata que se curvaba para abrazar el pueblo.

La voz canturreó:

—"No te vayas. Siéntate y goza de las luces lejanas".

Recordó la escena con sus amigos en la terraza del hotel Torino: Sus luces reflejadas en el logo artificial, la música amena, las bebidas espirituosas, mujeres con los hombros desnudos. Luego esa sensación de asco y rabia. Cuando se levantó sus amigos le dijeron:

—¿Por qué te vas Ramírez?

Un automóvil a toda velocidad pasó a su lado tocando la bocina. Uno de los ocupantes le gritó un insulto que se arrastró a lo largo de la franja negra. Se miró los pies:

—Qué imprudencia— murmuró. Se imaginó arrastrado por un automóvil que corría a toda velocidad, él pedía socorro, pero nadie podía oírlo a cinco kilómetros del pueblo. Se corrió a un costado y caminó a contramano. Metió la mano en el bolsillo del pantalón. No halló el pañuelo. Se dio un golpecito en la frente. Había olvidado el saco. Se preguntó por qué precisamente esta noche cometía ese olvido. Pensó regresar al hotel para rescatar el saco con el pañuelo. Sabía que si la hacía no tendría voluntad para reanudar los cinco kilómetros, que su decisión perdería su fuerza original. Siguió andando.

—"No seas terco, no camines más todo está contigo".

La luna se ocultó detrás de una nube negra. Un trecho de la carretera quedó en tinieblas. Un enjambre de luciérnagas la invadió.

Volvió a detenerse y se preguntó en voz alta a dónde iba. Por primera vez en su vida no encontró la respuesta satisfactoria, el tono de esa voz no era la suya de todos los días. Una sospecha cruel de estar se acobardando le hizo lanzar un aullido de rabia:

—¡Cállate puerco!

Ahora era su voz auténtica, segura, seca y sonora, la que empleaba para dar órdenes a sus empleados.

La voz extraña no quería callarse:

—"No grites, contempla la noche".

Como obedeciendo a un deseo profundo, contempló la noche sobre las ondulaciones de la pampa. Hacia el sur cruzó un meteoro dejando detrás de sí una estela lechosa. Ramírez se alegró y estalló en una carcajada violenta.

La voz extraña presentía algo terrible:

—"No cometas una locura".

Ramírez se enfureció:

—¡Te dije que te callaras!

La estela del meteoro se desvaneció.

—"Escúchame Ramírez, yo no soy tu parte de sueño . . .

Ramírez no resistió más a la tentación:

—¡No, no!— La agarró brutalmente, la ató y la tiró más hondo que su conciencia, exactamente con una bolsa de gatitos. La voz extraña mientras se hundía gimió:

—Qué cruel eres, tu impiedad te hace insensible a esta dulce noche.

Le dió un golpecito firme y la voz extraña y cálida se hundió un poco más, exactamente como la bolsa con los gatitos en el barro del fondo del arroyo.

Un silencio bochornoso se ocultaba en un monte de eucaliptos.

Se puso la mano sobre el pecho, su corazón golpeaba como una aldba, en el zaguan de una casa abandonada.

No podía perder tiempo. Una sonrisa amarga le imprimió un oyuelo en un ángulo de la boca.

—¿Qué sorpresa! — dijo esa frase que había repetido muchas veces, la encontró más llena de sentido que nunca, porque ahora no se trataba de gente más o menos ajenos a su vida, sino su vida misma, la sentía amenazada.

—Un sólo golpe bastará — Dijo chasqueando la lengua. Caminó los últimos cien metros que los separaban de su casa. Frente al portón de hierro se detuvo, miró el cielo. La nube negra parecía no moverse, con si acompañara a la luna. El círculo negro cubría los contornos del parque. Justo en el límite brillaba el agua del estanque. Las olas del molino no se movían.

Buscó las llaves. También se las había olvidado en el saco. La cuestión se complicaba. Ella tenía un sueño de libélula y él no quería despertarla. Sin embargo, no era posible regresar al hotel. Se le ocurrió una idea:

Entraría por la claraboya que daba al cuarto de baño. Saltó el portón. Se quitó los zapatos y se deslizó por el jardín. El césped húmedo le hacía cosquillas en las plantas de los pies.

En el hall tropezó con una mesita. Cayó un vaso. Echó una mirada ansiosa hacia la puerta: Estaba abierta. Se acercó a la ventana y miró afuera por si alguien andaba por el jardín. La noche parecía vacía de ruidos. Un automóvil pasó velozmente por la carretera tocando la bocina. Aproveché ese instante para llegar a la puerta. La bocina se fué perdiendo a lo lejos.

Dió un paso, otro . . .

—¡Pégale Luis!

—¡Asesinos!

—Enciende la luz Julia, creo que ya tiene bastante. La mujer se acercó, deslizó una mirada fría sobre el hombre caído y suspiró aliviada:

—Era mi marido — murmuró y sonrió con extrañeza, y dijo al joven que aún empuñaba el martillo.

—¿Te das cuenta? Llamarnos asesinos, mira esa pistola, venía a matarnos.

El joven observó con atención el martillo ensangrentado. —En este momento le estaré poniendo los puntos al dueño del otro mundo. —dijo dejando el martillo a un costado. la mujer le mordió el hombro desnudo:

—¡El diablo no no va a querer recibirlo!

Una cucaracha cruzó sobre el vusto del muerto.

Se miraron a los ojos. Se amaban. Por fin tenían conciencia de su libertad de amarse. Habían concluido una hermosa tarea: Limpiar el mundo de inmundicias. Eran jóvenes. Se palpaban mutuamente y rieron con ganas. Había que hacer algo. Sin dejar de reír canturrearon:

—Al pozo con él, al pozo con el monstruo.

El joven, mientras tomaba el cadáver por debajo de los brazos dijo a la mujeres:

—Limpia la sangre y prepara algo para beber.

La mujer le dió un beso por sobre el cadáver:

—Bueno, pero no tardes mucho, tendré miedo de estar sólo.

El joven hizo un gesto de impaciencia:

—Sólo lo necesario, malditas las ganas que tengo de estar con esta bestia —jadeó —¡como pesa el animal!

La mujer le hizo un guiño al muerto:

—Comias y dormías tanto ¿eh Pepé?

Cuando el joven terminó de taponar el pozo desapareció la nube negra que ocultaba la luna. Una brisa suave soplabo desde el sudeste. El joven se desesperó y se alejó silbando una canción alegre.

¿No te dije estúpido? —gimió la voz, que era ahora toda lo que Ramirez simple había despreciado.

—“¿Ves lo que has hecho?” Si me hubieras hecho caso, no estaríamos en este pozo inundado y oscuro. En este momento, allá, arriba, la luna brilla como nunca ante, la brisa sopla suavísima entre los suces.

Esperó un tiempo doble, luego volvió a gemir, pero ahora engustiado:

—“¡No seas terco, acompáñame! Al contacto del agua cristalina del arroyo que está a pocos metros de aquí, tu cuerpo se va a llenar de nuevas esperanzas. ¿Vienes? No contestas, eso quiere decir que no vienes. ¡Vaya una criatura estúpida! Me voy, Adios.

MONTPARNASSE

Libros de Arte — Poesía

Literatura — Arquitectura

Música

•

Cerrito 1238

T. E. 44-5304

BOTELLA AL MAR

PRESENTA

SU ULTIMA NOVEDAD DE POESIA

REQUIEM NEOYORQUINO

De

Luis Zalamea

Prólogo de Jesús Flores Aguirre

Dibujo de Luis Seoane. Noticia de Arturo Cuadrado

Botella al mar

Santa Fe 899

H. & J. Buontempo

De la Corporación de Rematadores

•

Talcahuano 638

Planta Baja

Luis Guaraglia

REMATES

•

Rivadavia 648

ediciones serpentina

títulos publicados:

cuentos podridos
de hugo loyácono.

estado de sitio
de luis e. massa.

tiempo de lágrima cerrada
de simón kargieman

la pasión rota
de rilo wemer.